Pablo vivía en un valle lleno de bosques y lagos,
no lejos del mar.

Observaba la oscuridad nocturna
con sus estrellas y planetas invisibles.
La Luna brillaba con su luz pálida y opalescente,
revelando su rostro mágico y secreto.



Él se preparó para recibirla como merecía:
extendió en el suelo una manta que cubrió de flores y hojas.

La Luna se acomodó sobre ella con un leve golpe apenas perceptible.
Era hermosa: llena, redonda, brillante.



Algunas personas le regalaban una sonrisa.
Otras improvisaban una música, un baile.
O recitaban poemas. Unas hacían acrobacias;
otras le entregaban garrafas de aceite y quesos.
Todas, sin excepción, se emocionaban.



Pablo regresó a casa, tomó la Luna entre sus brazos,
la meció con infinita ternura y la lanzó al cielo,
donde ella comenzó a subir cada vez más alto.

Cuando se convirtió en una fina Luna inalcanzable,
Pablo silbó por última vez, hizo una reverencia
y se fue a dormir.

En sueños, la Luna volvió a visitarlo y él sonrió.

